

tenido un infierno en mi casa antes de consentir; pero ya no podía soportar más tiempo los reproches, las quejas, los debates incasantes, los lloros de la madre y de la hija. ¡Ya veis qué flaco estoy!

Un sentimiento de tristeza oprimió el corazón del Doctor, que tuvo piedad de su amigo, y respondió sonriendo:

—Amigo Van-Rosmal, los antiguos griegos han escrito las hazañas de un héroe que llamaron Hércules, y que, según dicen, llevó á cabo muchas empresas gigantescas; él quebrantó rocas, rompió la nuca á muchas bestias feroces, estrujó serpientes, cortó el cuello á un dragón de siete cabezas; pero que haya ablandado la cabeza á una mujer, no han osado atribuírselo. ¿Cómo, pues, lo hemos de hacer nosotros? Consoláos, porque en otro tiempo os hablé acerca del asunto lo peor que pude; no es cosa tan mala como pensáis, y en todo caso, Siska vendrá á su casa dos veces por año durante las vacaciones, y ya podremos remediar el mal con tiempo, si es tan grande que se haga notar.

El buen padre sonrió consolado y alegre, estrechó con reconocimiento la mano del Doctor, y prosiguió su camino con paso más rápido.

III

Cuanto más alto se vuela, más profunda es la caída.

Siska había ido á la pensión con trajes á la vez limpios y sencillos, y un cofre bien provisto de ropa blanca nueva; pero á los ocho días de hallarse allí empezó á buscar pretextos para pedir dinero á su madre; su primera carta estaba concebida en los términos siguientes:

Querida y muy amada mamá: yo soy la peor vestida de todas las pensionistas; las demás señoritas se burlan de mí y me llaman la aldeana; no hago más que llorar, estoy muy triste, y seguramente caeré enferma si vos no tenéis compasión de vuestra desgraciada Siska. La hija del peluquero que en esa va á afeitarse á papá está también en este colegio, y tiene, como las otras, hermosos vestidos de seda; ¡yo sola llevo vestido de percal!... ¡No tengo ni sombrero, ni botas, sino unos zapatos muy feos: creo que he

de volverme jorobada, porque la vergüenza de estar tan mal vestida me hace llevar siempre la cabeza baja; me he puesto flaca y pálida, y os lo repito, caeré enferma, querida mamá, si durante más tiempo me veo despreciada aquí por todo el mundo; ya leo francés en el Telémaco, y bailo tan bien, que todas las demás señoritas educandas me tienen envidia.

Mis cumplimientos á papá.

Vuestra hija, adicta hasta la muerte,

EUDOXIA VAN-ROSMAL.

La madre no se atrevió á enseñar esta carta á su marido: conocía que se hallaban en ella los signos precursores del mal que había señalado el doctor Pelkmans: reinaba en aquellos renglones un tono de coquetería y de ligereza que la asustaba: la fórmula final parecía más bien propia de una carta de amor, y no fue sin una inmensa tristeza como la pobre madre se esforzó en hallar la explicación del nombre de Eudoxia, que acabó por considerar como la traducción francesa del de Siska: llena de lástima hacia los sufrimientos de su hija, le envió dos veces más dinero del que ésta se hubiera atrevido á esperar.

Esto se repitió varias veces. Siska poseyó muy pronto el arte de forjar mentiras inocentes y de explotar el cariño de su madre exprimiéndole como si fuese una esponja: entre sus compañeras había muchas que con sus palabras y su ejemplo le enseñaban esos

pecadillos, esos inocentes caprichos que trae consigo la coquetería unida á la vanidad y al amor propio.

El primer mes tuvo Siska un traje de seda: el segundo, un sombrero de raso guarnecido de flores; el tercero, una sombrilla de las más caras; el cuarto, dos trajes de muselina escotados; el quinto, colocó en su tocador un hermoso frasco de pomada y una linda caja llena de pasta de almendras para las manos: además guardó con sumo cuidado otra cajita, de la que cada mañana tomaba con la punta del dedo un poco de colorete, que extendía sobre sus frescas mejillas: su educación francesa fue sobre este punto una educación completa.

El sexto mes trajo consigo las vacaciones; cada pensionista debía ir á su casa, y Siska se acordó de este consejo que su madre le dió al oído al dejarla en la pensión:

—Sé prudente, Siska, y cuando vengas en las vacaciones, no te muestres ni aturrida ni vanidosa: porque si el doctor Pelkmans se apercibe de esto y se lo hace notar á tu padre, éste no te permitirá volver á la pensión.

Siska había hecho el retrato del viejo amigo de su familia á sus compañeras; se había burlado *del Doctor que se metía en todo*, y se había concertado con ellas sobre los medios de engañar su perspicacia.

Una tarde Siska apareció en el umbral de su casa acompañada de su madre, que la había ido á buscar: llevaba un traje sencillo

y modesto: sus cabellos no caían en rizos como en la pensión, sino que estaban trenzados sin pretensión alguna: no llevaba sombrero, sino un gorrito de encajes á la flamenca: tenía los ojos bajos, y parecía la niña más tímida y modesta.

El Doctor la interrogó, y ella respondió con tal sencillez, parecía tan reservada, hablaba tan poco, que el buen señor quedó engañado y Siska pudo volver á la pensión.

Mientras que la hija de maese Van-Rosmal gustaba todos los encantos de la educación á la francesa, las cosas no iban muy bien en el almacén y en la familia de maese Spinael: la juventud francesa que componía la compañía dramática pagaba muy mal, y al fin de cada temporada teatral todos los actores levaban anclas, bien provistos de botas y zapatos, que no habían pagado.

Hortensia, por su lado, malgastaba gruesas sumas en trajes, bagatelas, golosinas y dulces, que, colocados en una linda caja sobre el mostrador, repartía á sus adoradores.

Maese Spinael se hallaba cargado de deudas, y su casa grabada de hipotecas.

En tan triste situación el zapatero empezó á abrir los ojos: quitó la muestra del caballero cegado por el brillo de una bota de charol, la envió al granero, y dejó esta sola inscripción que tenía debajo la traducción flamenca:

ALMACÉN DE ZAPATOS.

Pero los compradores flamencos habían

olvidado el camino de la tienda del charlatán, si bien se acordaban perfectamente de los zapatos que tan pronto se les habían rotos: maese Spinael, con su pantalon color de chocolate, su paletó y su gran cadena, no sabía qué partido tomar.

El vicio es tiránico: cuando ha encontrado el camino del corazón y es bien acogido, quiere poseerle entero y arrancar hasta la raíz de todas las virtudes nativas. Nada resiste á sus asaltos incesantes: aniquila todo sentimiento de deber, todo instinto de justicia y de probidad, y toma posesión del hombre como de un esclavo.

Maese Spinael hizo esta terrible experiencia: sus negocios se hallaban en el estado más deplorable: lleno de deudas, sin recursos, presa de mil inquietudes, deplorando su imprevisión, buscó algún consuelo al lado de su hija; pero sólo recibió reproches, y á pesar de la vida de miseria á la cual su padre se iba reduciendo, Hortensia estaba bastante pervertida para continuar sus locos gastos y contraer deudas por su lado, á fin de satisfacer sus instintos de vanidad.

Poco tiempo después, Juan Spinael, ó más bien Julio, como él mismo se llamaba, volvió á París; pero en lugar de ocupar su sitio en el taller y de ayudar á su desgraciado padre, no pensó más que en vestirse con elegancia, en ir al café, en fumar y en lucir su gracia francesa: el hermano y la hermana formaron una detestable coalición contra su pobre y débil padre, forzándole á vender la

casa, y malgastando lo poco que quedaba después de pagadas las deudas: poco á poco maese Spinael llegó á tal grado de miseria, que sus vestidos y su fisonomía daban de ella elocuentes muestras: sus mangas dejaban ver la camisa por el codo: iba sucio y abandonado, porque no tenía el valor de disimular su angustia; pero sus hijos seguían comprando cada día nuevas galas, y continuaban, con una abyecta imprudencia, llevando una vida de escandaloso lujo: se habían apoderado del dinero de la venta de la casa para satisfacer sus caprichos, y los miserables rehusaban partírlle con su padre.

Un domingo que maese Spinael, avergonzado de sus míseros vestidos, no se había atrevido ni aun á ir á la iglesia, y que, con los ojos llenos de lágrimas y la cabeza inclinada sobre el pecho, pensaba en la perversidad de sus hijos, un joven, rizado, compuesto y atildado, se acercó á la puerta de su casa, donde se hallaba tristemente sentado, y preguntó por Hortensia y Julio Spinael.

Tomó al pobre padre afligido por un criado, y le dijo en perverso frances:

—Vé á decir á Mr. Julio y á Mlle. Hortensia que sólo á ellos se espera para partir.

Y como Spinael, estupefacto, le mirase sin contestar, el joven le lanzó este apóstrofe brutal, aprendido de memoria en el último *vaudeville* que había visto en el teatro.

—¡Ah! ¿No quieres anunciarme, miserable lacayo?

Volvióse Spinael extremadamente pálido, y tembló de un modo espantoso; sus ojos lanzaron relámpagos sobre el joven: éste, irritado, alzó su bastón y gritó con una voz amenazadora:

—¡Bribón! ¡Yo te enseñaré á obedecer!

Un grito de rabia se escapó del pecho de Spinael; de un saltó asió un tirapié, le tiró al rostro del que le insultaba, y le arrojó después á la calle antes que hubiera tenido tiempo para pronunciar una palabra; después, temblando aún de cólera, cerró la puerta y subió la escalera en busca de sus hijos.

Desde hacía largo tiempo Spinael no tenía valor para dirigirles una sola reconvención; pero entonces, animado por la cólera, se sentía bastante fuerte para atreverse á reprocharles la infamia de su conducta; encontróles elegantemente vestidos, con la sombrilla y el bastón en la mano y prontos á salir, para hacer, según dijeron, con una alegre sociedad un viaje de placer á Bruselas; las reconvenciones de su padre fueron amargas; pero es imposible pintar el desdén con el cual fueron acogidas por aquellos hijos culpables; cuanto más crecía el enojo de su padre, más crecía también su insolencia; después de haberse reído de él durante algún tiempo, le dieron irónicamente los buenos días y se dispusieron á salir.

El padre, poseído de una rabia ciega al ver tanta perversidad, se lanzó delante de la puerta para impedirles salir, y gritó:

—¡Serpientes; no os basta haberme redu-

cido á la pobreza; queréis además hacerme perder el juicio con vuestras insolentes bur-las! ¡No es bastante que hayáis disipado en un lujo escandaloso el fruto de mis sudores, mientras yo estoy reducido á vivir como un mendigo, sin vestidos y casi sin comer; no es bastante que un fatuo á la moda me crea el lacayo de mis hijos y se atreva á amenazarme con su palo; no es bastante que tenga hambre y vierta lágrimas amargas, en tanto que vosotros corréis de placer en placer; es preciso que muera abandonado, y que baje al sepulcro despreciado de todos y maldito de vosotros, sin que mi muerte despierte un sentimiento de tristeza! Pero no; ¡la medida está llena, no saldréis de aquí! ¡Id á quitáros al instante esos trajes, cuyo lujo insulta mi atroz miseria, ú os aniquilo bajo mis pies como á las víboras venenosas!

Una ruidosa carcajada saludó esta explosión de cólera, y el padre conoció con amargo dolor que aquellos hijos desnaturalizados no creían ni en su fuerza material, ni respetaban su fuerza moral; el hijo se dirigió audazmente á la puerta, resuelto á abrirse camino aunque fuese por la violencia.

Entonces tuvo lugar una escena sin nombre y que nuestra pluma se resiste á describir.

Algunos instantes después Julio y Hortensia Spinael franquearon la puerta de la casa; en el subido color de sus semblantes, en el esfuerzo con que arrebataban el desorden de sus trajes, se conocía bien que acababan de

sostener una lucha violenta; sin embargo, una sonrisa burlona entreabría sus labios, como si acabasen de triunfar de un enemigo despreciable, y se dirigieron á toda prisa á reunirse con la alegre sociedad, en cuya compañía iban á hacer el viaje de placer á Bruselas.

Un mes después, y un sábado por la tarde, maese Van-Rosmal se hallaba sentado en su trastienda y ocupado en transcribir sus cuentas al gran libro; desde hacía una hora se hallaba buscando tres ochavos con una terquedad paciente y reposada; sin embargo, su frente quemaba ya, y sentía que algunos vértigos embargaban su vista, cansados por la fatiga, exclamando al fin con cómica desesperación:

—¡Imposible! ¡no los puedo encontrar! y, sin embargo, las sumas sueltas de la semana hacen un total de sesenta y cinco florines, ocho stuivers y cinco ochavos; ¡y no poder encontrar más que dos ochavos en estos malditos papeles! ¡yo los podría dejar perder, despreciarles; pero á cada uno lo suyo, y al diablo nada! Contemos otra vez todavía.

En el instante en que Van-Rosmal volvía á la caza de sus tres ochavos, la puerta de fienda se abrió y entró un hombre con aire temeroso; el especiero alzó la cabeza de sus guarismos, y contempló al recién llegado con atención, pero sin decir una palabra.

Este, que no había osado dar más que dos pasos, parecía agobiado de la más espantosa miseria; flaco, pálido, con los cabellos en